



Año 2 – N° 4  
1<sup>er</sup> cuatrimestre de 2003

Publicación cuatrimestral del  
**SEMINARIO  
CONCORDIA**

Escuela Superior de Teología  
de la  
**IGLESIA  
EVANGÉLICA  
LUTERANA  
ARGENTINA**

Libertad 1650 (49 N° 7200)  
C. C. 5  
(1655) José L. Suárez Bs. As.  
Tel. (011) 4720-7797. Fax.  
(011) 4729-0345  
[seminarioconcordia@elsitio.net](mailto:seminarioconcordia@elsitio.net)  
[concordia@asit.org.ar](mailto:concordia@asit.org.ar)

Editor Responsable  
**DAMIÁN JORGE FISCHER**  
[dafis@elsitio.net](mailto:dafis@elsitio.net)

Redacción  
Cuerpo Docente  
del Seminario Concordia  
Damián J. Fischer  
José A. Pfaffenzeller  
Antonio R. Schimpf

Colabora en este número:  
Pastor **Juan A. Beckmann**

## VENCE CON EL BIEN EL MAL

«¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en sus manos el poder! Codician campos y los roban; casas, y las toman; oprimen al hombre y a su familia, al hombre y a su heredad» (Miqueas 2.1-2).

Son palabras que podrían tomarse como un reclamo de clases sociales más bajas contra los grandes terratenientes, invocando contra ellos, al mismo tiempo, la ira de Dios. Sin embargo, son mucho más que eso. Son palabras de Dios que señalan el juicio inminente. Cuando Dios exclama «¡ay!» es porque su ira está lista para caer sobre toda injusticia humana.

Este escrito del profeta, como se señaló, es declaración de juicio divino, pero también es llamado al arrepentimiento para todo aquel que aplasta con su poder a otro. Es, así mismo, advertencia para quienes están siendo tentados a dejarse seducir por la corriente de este mundo, que enseña y empuja a competir con deslealtad y con astucia despiadada por amor al dinero. Paralelamente, estas son palabras de consuelo que revelan al Dios único que ama la justicia y que, muy por el contrario de haberse alejado de su creación, está cerca, poniéndose del lado de los que sufren, de los indefensos (de los que verdaderamente lo son). Miqueas trae alivio a quienes andan en los caminos de Dios, aunque frente al mundo se vean como gente sin salida.

Nuestro contexto social no es diferente del que le tocó conocer al profeta. No hace falta mencionar las diversas formas de opresión y maltrato que provocan tanto sufrimiento y desesperanza, sin olvidar aquellas que se producen, a «baja escala», en el ámbito familiar y no solamente en lo laboral o económico. Dios está observando y, contrariamente a lo que se piensa, no permanece pasivo. Su ira ya se está revelando contra toda injusticia de los hombres... (Ro 1.18).

La gran diferencia que existe entre nuestra situación y la de la época de Miqueas reside en que ahora hay una numerosa multitud de hombres y mujeres que hemos llegado, por la fe, al conocimiento del salvador Jesucristo. Él, siendo rico se hizo pobre, para que nosotros fuésemos enriquecidos (2Co 8.9). Por su sangre fuimos rescatados del poder del pecado. Dios nos dio así una firme esperanza que nos permite andar seguros, no poniendo nuestra mirada en las cosas que se ven, sino en las que no se ven, pues estas son eternas (2Co 4.18; Col 3.1-15).

Para nosotros las palabras de Miqueas tienen, entonces, un valor especial. A través de ese mensaje Dios nos afirma en el camino de su voluntad y nos compele a buscar alternativas, no sólo para curar las heridas que producen las injusticias, sino también para que esa voluntad de Dios sea conocida y reine la justicia. Cuando cada hijo de Dios redimido por la sangre de Cristo anuncia el evangelio y vive de acuerdo a lo que él nos ha señalado, entonces el reino de Dios se acerca. Es preciso que los que manifestamos creer en Jesucristo nos esforcemos por vivir en el amor que él nos enseñó. Haciendo esto estaremos cumpliendo con la misión y muchos más serán salvos por su gracia. Por tanto: «Mantengamos firme la esperanza que profesamos, porque fiel es el que hizo la promesa. Preocupémonos los unos por los otros, a fin de estimularnos al amor y a las buenas obras. No dejemos de congregarnos, como acostumbran hacerlo algunos, sino animémonos unos a otros, y con mayor razón ahora que vemos que aquel día se acerca» (He 10.23-25).

Damián Jorge Fischer

# ¿Soy discípulo de Cristo??

Ponencia presentada por el prof. Damián Jorge Fischer  
en la décima convención nacional de jóvenes, Oberá, Misiones, enero de 2003.

## Introducción

El lema del encuentro afirma: «Soy discípulo de Cristo». Evidentemente no lo han puesto como relleno decorativo, sino que se pretende mostrar algo con esa frase. Nos están planteando un tema de reflexión con el propósito de que, al avanzar el encuentro, ese lema sea una afirmación personal de cada uno de los que hemos asistido. Tal es también el propósito de esta ponencia y de las dos que siguen.

**No todo el que se llama cristiano es verdaderamente discípulo de Cristo, pero sí, todo discípulo de Cristo es verdaderamente cristiano. Por tanto, queda planteada una pregunta:**

**¿Soy discípulo de Cristo?**

**Dios te auxilie para que puedas reflexionar a lo largo de esta ponencia y en oración responder delante de él: Sí, rogando para que te ayude a crecer según lo aprendido y para gloria de su nombre.**

## 1- ¿Qué significa ser discípulo de Cristo?

Ustedes saben que la Biblia fue escrita originalmente en dos idiomas: Hebreo, el Antiguo Testamento (AT) y Griego, el Nuevo Testamento (NT). Las palabras que significan «discípulo» en ambas lenguas (*talmid* y *mathetés*) se derivan del verbo «aprender». Actualmente se entiende que un discípulo es una persona que aprende una doctrina de un maestro. La palabra «discípulo», entonces, se relaciona inmediatamente con el término «maestro». No

puede haber discípulo si no hay maestro.

En los tiempos de Jesús ya existían escuelas. Tanto en el mundo griego como entre los judíos. Sobre todo entre los griegos había que pagar abultadas sumas de dinero para poder formar parte del grupo de discípulos de un maestro renombrado. Entre los judíos también había maestros famosos y reconocidos, por ej. Gamaliel, mencionado en el NT, con quien aprendió el apóstol Pablo. Un discípulo podía progresar en su aprendizaje hasta lograr renombre y llegar a formar su propia escuela. De hecho, ese era el objetivo de muchos discípulos.

Respecto al discipulado con Jesús (discipulado es el ejercicio o la calidad de discípulo) hay muchas diferencias. A continuación veremos siete características que distinguían al discipulado con Jesús de otro tipo de discipulado. Así podremos evaluar si estamos comprendiendo bien lo que significa ser discípulo de Cristo.

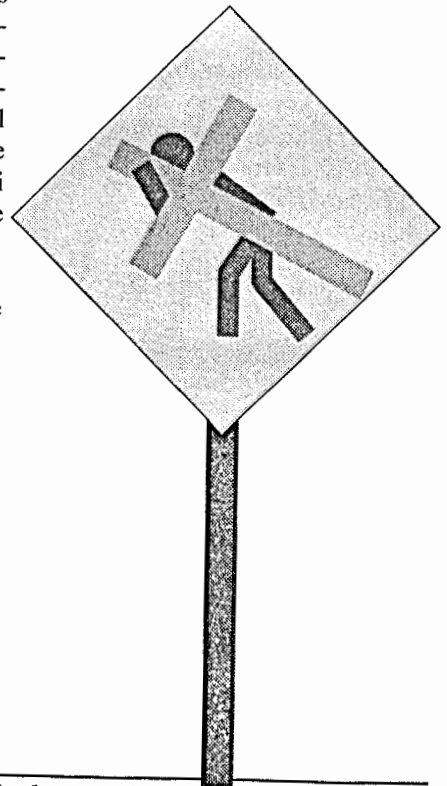
**Primero.** Jesús era un maestro que no había pasado por ninguna escuela.

Estando en su propia ciudad, Nazaret, habló en la sinagoga. Según los evangelios, la gente se asombraba de la que decía y se preguntaba: «¿De donde saca este esta sabiduría...?» Sin embargo, no aceptaban su mensaje, sino que se escandalizaron de él, se avergonzaron y lo despreciaron. No lo reconocieron porque conocían a su familia, que seguramente era una familia sin renombre y sin maestros (cf. Mt 13.53ss.; Mr 6.1ss.; Lc 4.16ss.).

Jesús no había «tomado clases»

con ningún maestro, sin embargo debatía de igual a igual con los rabinos (maestros) judíos. Recordemos aquella ocasión cuando él tenía doce años y permaneció en el templo de Jerusalén, alejado de sus padres durante tres días, tiempo que dedicó a hablar con los doctores de la ley y éstos se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas (Lc 2.46-47).

Cuando él hablaba la gente se admiraba porque enseñaba con autoridad y no como los maestros judíos (Mt 7.28-29, al terminar el Serm. del Monte). En una oportunidad, cuando había crecido mucho la oposición de los líderes religiosos, éstos enviaron guar-



días para prenderlo, descontentos por los comentarios de la gente que comenzaba a preguntarse si Jesús no fue el Mesías. Los guardias fueron, pero volvieron sin arrestarlo. La disculpa de ellos fue: «¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!» (Jn 7.46). La reacción de la gente ante las enseñanzas de Jesús puede resumirse con el dicho de admiración de los judíos que lo escucharon hablar en el templo durante una fiesta de los Tabernáculos: «¿Cómo sabe éste letras sin haber estudiado?» (Jn 7.15).

Es bueno dejar claro que cuando hablamos de enseñanza de Jesús no nos referimos meramente a una predicación oral o a momentos donde él transmitía conocimientos. Las palabras de Jesús estaban fuertemente sustentadas por sus actos de amor y por sus hechos poderosos (llámense milagros o señales).

Cuando nos referimos al discipulado con Cristo aludimos al maestro que es veraz, poderoso, fiel, amoroso. No a cualquier maestro. Él es Emmanuel, Dios con nosotros. Él disipa la oscuridad de la ignorancia humana con una enseñanza que proviene de Dios y no elaborada por la mente humana.

**Segundo.** A diferencia de los discípulos de los rabinos judíos o griegos, que decidían por sí mismos acercarse a un maestro y seguirlo, incluso pagando buenas sumas de dinero, los discípulos de Jesús son llamados. Él llamado es un factor decisivo para ser discípulo de Jesús.

Veamos un ejemplo que puede ser paradigmático: Mt 4.18-21.

- ¿A dónde se dirigió Jesús para buscar a sus discípulos?

*Res.: Al Mar de Galilea, al lugar de trabajo de ellos.*

- ¿A quién encontró primero?

*Resp.: A Simón (Pedro) y a su hermano Andrés.*

- ¿Qué estaban haciendo?

*Resp.: Echando las redes. Estaban en plena labor.*

- ¿De qué manera los llamó Jesús?

*Resp.: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Jesús usó una imagen familiar para ellos: la pesca. Pero, al mismo tiempo, les mostró que habría un cambio muy importante en sus vidas: pasaron a «pescar» gente.*

*Esa sería, en adelante, la tarea prioritaria para ellos. Jesús los hizo transitar un nuevo camino.*

En los versículos siguientes el texto nos muestra el llamamiento de otros dos hermanos: Jacobo y Juan. Todo ocurrió con ellos de una forma muy semejante a la anterior. En ambos casos estos hombres dejaron inmediatamente lo que estaban haciendo, sus equipos, a sus colaboradores e incluso a su padre para ir con Jesús.

Lucas asocia una historia muy parecida (o la misma historia) con la pesca milagrosa. A través de esa señal Jesús se reveló ante Pedro y sus compañeros, no tan sólo como hombre sino también como Dios. Al ver el milagro, Pedro cayó de rodillas delante del Señor y dijo: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc 5.8). En un momento, Pedro se percató de que estaba en la presencia del Dios Santo y tuvo miedo sabiendo de su maldad. Ante la santidad de Dios quedan al descubierto todos nuestros pecados. Sin embargo, Jesús amorosamente le dijo: «No temas, desde ahora serás pescador de hombres» (Lc 5.10b). Sólo cuando oyeron esas palabras de Jesús, aquellos discípulos, que estaban temerosos en sus barcas, se reincorporaron, llevaron sus barcas a tierra y dejándolo todo siguieron al Señor.

El llamamiento de Jesús al discipulado tiene que ver con ese acercamiento de Dios al hombre para liberarlo de la realidad de pecado y de muerte en la que está inmerso y que ni siquiera puede percibir hasta que Cristo mismo se la muestra.

Jesús sigue llamando al discipulado. Lo hace a través de sus discípulos a quienes mandó que vayan y hagan discípulos a todas las naciones (Mt 28.18-20).

Jesús dijo a los judíos: «Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae; y yo lo resucitaré en el día final» (Jn 6.44). Un poco más tarde les dijo también: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen...» Y agregó: «Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le es dado del Padre» (Jn 6.63-65). Tiempo después el Señor habló a los judíos que lo seguían y les dijo: «Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn

8.31b-32).

Nadie puede entender las cosas de Dios si no es guiado por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios actúa a través de las Escrituras y con ellas alumbra el entendimiento humano. Quien rechaza oír esa palabra nunca puede llegar al conocimiento de la verdad, nunca podrá ser libre y por tanto no será discípulo de Cristo.

Jesús sigue llamando amorosamente a todos. Él nos dice: vengan en pos de mí, permanezcan en mi palabra, así serán mis discípulos, conocerán la verdad y la verdad los hará libres.

**Tercero.** La tercera distinción es que el discipulado al que nos convoca Jesús siempre incluye el llamado al servicio. Ser discípulo de Jesús no es serlo para uno mismo, en beneficio personal. El discipulado cristiano es servicio a Dios que se cumple en nuestros semejantes.

Volvamos al caso de Pedro, Andrés; Jacobo y Juan. Ellos fueron llamados para ser pescadores de hombres. Ser pescador de hombres implica hacer conocer a todos las verdades del reino de Dios. Esto es: hacer saber a las personas que con Cristo ha comenzado una nueva era, la de la vida. El que cree en él aunque muera vivirá. Él ha resucitado y reina eternamente y volverá en breve para juzgar a los vivos y a los muertos. El que no crea será condenado eternamente. Por ello es preciso anunciar el evangelio, para que muchos más se arrepientan ante el Señor y obtengan el perdón que sólo él puede dar y así la paz con Dios.

**Cuarto.** El alumno griego o judío se apegaba personalmente a su maestro, y esperaba enseñanzas objetivas, con el propósito de llegar a ser ellos mismos maestros o rabinos. El llamado que Jesús nos hace no da lugar a separarse como maestro. Siempre seguiremos siendo sus discípulos.

En una extensa enseñanza contra los jefes religiosos que encontramos en Mateo 23, Jesús dijo: «Pero vosotros no pretendáis que os llamen «Rabí», porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos» (Mt 23.8). Nadie

puede venir con un evangelio diferente al que hemos recibido y formar su propia iglesia. No hay iglesia verdadera donde no se predica el puro evangelio de Jesucristo, como tampoco puede haber allí verdaderos discípulos.

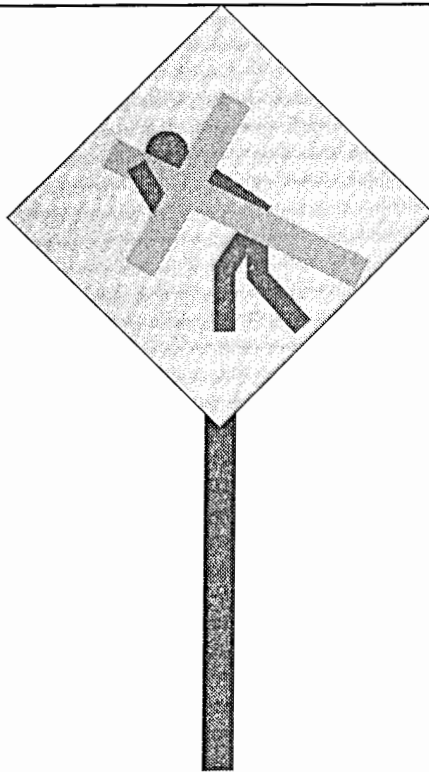
En todos los tiempos hubo personas que usaron la religión como fuente de ganancias personales, con el fin de obtener prestigio u otras ambiciones. El discipulado verdadero es servicio al Señor y al prójimo y nunca permite el enaltecimiento personal (Lc 14.11).

**Quinto.** Jesús, al llamar a sus discípulos, rompió las barreras que ponían los maestros de su tiempo: sólo los ricos, sólo los puros, sólo los obedientes. Ya vimos como el Señor llamó a pescadores galileos, no bien vistos por los religiosos de Judá. Entre sus discípulos estaba Mateo, el autor del evangelio, quien era publicano (cobrador de impuestos). Para los judíos un publicano quedaba fuera de la comunidad de adoración porque su profesión atentaba contra la nación (Mr 2.14). Jesús también llamó a un Zelote. Para que se entienda qué era un Zelote podríamos compararlo con uno de los actuales terroristas. Ellos estaban dispuestos a entregar la vida por conseguir la libertad de la nación (cf. Lc 6.15).

Jesús no hace distinción de personas. Él dijo: «Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí, y al que a mí viene, no lo echo fuera» (Jn 6.37). Del mismo modo nos envía a llamar a todos.

**Sexto.** El discipulado con Jesús es identificación con él. Por ello, así como el Señor anduvo delante de los discípulos en el sufrimiento, en el servicio, en la entrega, también los discípulos deben andar en ese camino. Los discípulos no pueden esperar suerte diferente a la de él.

En Mateo 10 tenemos lo que se conoce como el discurso misionero de Jesús (En este capítulo se inspiró el autor de la canción «Mensajero de la paz»). Pero no se puede comprender correctamente el cap. 10 de Mateo si se lo estudia aisladamente. Al menos, en este momento vamos a prestar atención a los versículos finales del cap. 9. Allí dice que Jesús recorría todas las



ciudades y aldeas, enseñando y predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia del pueblo. Si queremos saber lo que Jesús enseñaba y predicaba tenemos que leer los capítulos 5-7 y si queremos conocer acerca de sus sanidades y cómo atendía a la gente podemos ver los capítulos 8-9. Una vez que Mateo nos ha mostrado esto, nos dice que al ver las multitudes, Jesús tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas sin pastor. Jesús fue conmovido interiormente porque toda esa gente se estaba perdiendo, no conocían a Dios y no había quien se los hiciera conocer. De manera que hizo tomar conciencia a sus discípulos de la situación y les encargó que oren para que Dios envíe más obreros a la mies. Evidentemente, Jesús los estaba convocando en primer lugar a ellos. Ellos estaban tomando conciencia antes que nadie de lo que sucedía ¿cómo iban a permanecer pasivos? Jesús los estaba llamando a involucrarse con esa gente que necesitaba ayuda. Por eso el cap. 10 comienza haciéndonos saber que el Señor dio autoridad (*exousía- el mismo término se usa en 28.18*) a sus doce discípulos para echar a todo espíritu impuro y para sanar toda enfermedad y toda dolencia y los envió a predicar diciendo: «El reino de los cielos se ha acercado» (v.

7). De manera que aquellos discípulos salieron con la autoridad que Cristo mismo les dio y con el encargo de predicar lo mismo que él predicaba (cf. Mt 4.17). Podríamos decir que ellos salieron como representantes de Cristo. Pero también con una advertencia: «El discípulo no es más que su maestro ni el siervo más que su Señor» (Mt 10.24). Esto les dijo Jesús después de haberles anunciado que serían perseguidos, odiados por todos y torturados por causa del nombre de Jesús.

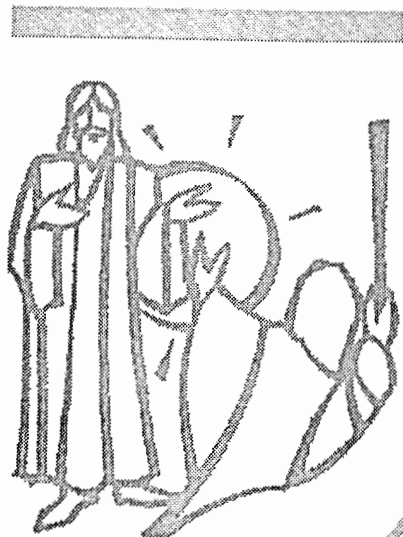
El mundo no quiere recibir el mensaje del evangelio. Lo que viene de Dios es resistido y así como rechazó al propio Hijo de Dios seguramente rechazará a sus enviados. El apóstol Pablo estaba convencido de ello, lo notamos en sus cartas. Además, según el relato de Lucas en Hechos, cuando Pablo y Bernabé terminaron su primer viaje misional, volvieron visitando las iglesias recién constituidas, animando a los hermanos y exhortándolos a que permanecieran en la fe y diciéndoles: «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hch 13.22).

**Séptimo.** Los discípulos de Jesús, a diferencia de los discípulos de otros maestros, han recibido la promesa segura de aquel que es fiel y verdadero, esto es: tomarán parte en su gloria. «En la casa de mi Padre muchas moradas hay... -dijo Jesús- voy, pues, a preparar lugar para vosotros» (Jn 14.2).

Cuando los discípulos preguntaron a Jesús acerca del fin de los tiempos y de su segunda venida en gloria (Mt 24.3), él les hizo ver que no debían estar especulando con fechas, calculando los días de su regreso. Al contrario, les indicó que su venida será como ladrón en la noche, cuando menos se lo espere llegará. Por eso, los discípulos deben estar siempre preparados, cumpliendo con el encargo que él hizo: predicar y enseñar el evangelio y atender las necesidades de los desamparados. Entonces, cuando él vuelva, a los que estén haciendo así les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo...» (Mt 25.34).

Sin embargo, Tenemos que cuidarnos de no entender erradamente esto pensando que ese premio es algo merecido por la actitud de servicio que

tuvimos, pues la promesa excede a cualquier tipo de mérito. Por tal motivo, vamos a dedicar un tiempo a explicar esto un poco más a continuación.



## 2- El discípulo y la gracia.

El apóstol Pablo en sus cartas, después de la introducción, en la que se presenta y donde indica el destinatario, coloca una acción de gracias a Dios por algún aspecto de la iglesia a la cual se dirige. Sin embargo, cuando leemos la epístola a los gálatas vemos que el apóstol hace un salto. Una vez que se ha presentado e indicado que la carta se destina a los gálatas y una vez escrito el saludo inicial, pasa directamente al motivo de su carta. Él escribe: «Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente» (Ga 1.6). Ni siquiera cuando escribió a los corintios, una de las iglesias más problemáticas, Pablo dejó de agradecer a Dios por aquellos cristianos. Sin embargo, en la carta a los gálatas no hay agradecimiento. Es más, iniciando el cap. 3 llama a los cristianos de Galacia «insensatos». ¿Qué había ocurrido? —Que ellos allí se estaban dejando seducir por una idea errónea del evangelio. A Pablo le preocupaba enormemente que estaban comenzando a confiar en ellos mismos para lograr la salvación. Los gálatas estaban dejándose arrastrar por algunos que enseñaban que para obtener la salvación es necesario cumplir con determinados principios religiosos.

Cuando el ser humano busca alcanzar a Dios por sus propios medios lo único que logra es perderse, alejarse más de Dios. Jesús dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí» (Jn 14.6) y también dijo a Nicodemo: «De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn 3.16). Estas palabras de Jesús no dejan lugar a que el ser humano, por su propia bondad, pueda llegar a ser aprobado por Dios. ¿Qué significa esto? Significa que nadie puede considerarse merecedor del cielo. Significa que Dios, por su amor, nos declara limpios de culpa por la obra de Cristo, gratuitamente, sin que tengamos que hacer nada.

Queridos jóvenes, si dentro de nuestras congregaciones hay personas que piensan que al morir estarán en paz porque nunca dejaron de concurrir a los cultos, porque siempre ofendieron, porque siempre atendieron a los pastores y colaboraron en todo, ustedes deben saber que esas personas están equivocadas. Es verdad, tienen un sentimiento piadoso y compromiso con la iglesia, pero han desplazado a Cristo y en su lugar se están colocando ellas mismas con sus obras buenas. Sin darse cuenta, y con el nombre de cristianos, están negando al Salvador. Eso es precisamente lo que había comenzado a ocurrir en Galacia. Por ello Pablo escribió con tanto fervor esa carta.

En el inicio de la epístola a los romanos Pablo argumenta para mostrar cual es la situación de la humanidad y en 3.9 llega a escribir: «... hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado» y un poco más adelante afirma: «Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios... la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús...» (3.21-24).

«No hay diferencia, por cuanto todos pecaron...» dice la palabra de Dios. Esto no es un invento de Pablo, sino que algo atestiguado por el A T, por

ello el apóstol constantemente lo cita para mostrar que su mensaje está en armonía con lo que Moisés y los profetas habían revelado. Ninguno de nosotros puede presentarse ante Dios y reclamar justicia por sus propias obras buenas. Todos nuestros actos están manchados por el pecado. Ante la presencia santa de Dios queda en evidencia nuestra bajeza. Por tal motivo Pedro cayó de rodillas cuando comprobó que aquel Jesús que estaba delante de él era el propio Dios en persona. «Apártate de mí, Señor —exclamó— que soy pecador». ¡Señor, sé que no puedo estar en tu presencia y seguir vivo! Así mismo, Pablo afirma que todos «están destituidos de la gloria de Dios».

Pero ahora se revela la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo. Los que hemos sido bautizados en Cristo, de Cristo estamos revestidos. Dios nos cubrió con la justicia de Cristo y ya no hay condenación para los que creemos. Tenemos un abogado delante del Padre, a Jesucristo el justo (1Jn 2.1).

Podríamos caer en otro extremo y hacer de la gracia de Dios, que es preciosa, una gracia barata. ¿De qué modo? Dejando creer a la gente que puede vivir como le parece, total Cristo ha perdonado nuestras culpas. Eso sería justificar el pecado y no al pecador, como afirmó un conocido teólogo (D. Bonhoeffer).

Pablo en la carta a los romanos también se hace la pregunta: «¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡De ninguna manera!» —responde. El argumento que se puede dar a continuación es muy lógico: si Dios, por amor, envió a su propio Hijo al mundo a sufrir y morir por nosotros, debido al pecado, ¿cómo vamos a seguir viviendo en la inmunidad de la cual nos vino a sacar?

En la carta a los hebreos tenemos una seria amonestación al respecto. Está escrito: «Si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la Ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios,

y tenga por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado y ofenda al Espíritu de gracia?» y concluye el párrafo diciendo: «¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (He 10.26-29,31).

Recapitulando: los que creemos en Cristo no tenemos temor del juicio venidero porque confiamos en la obra del Señor en nuestro favor. Los discípulos de Jesús no tememos a la muerte porque esperamos la resurrección de los muertos confiando en el resucitado. Los que permanecemos en Cristo no queremos vivir en pecado porque sabemos que el pecado produce muerte y causó la misma muerte del Hijo de Dios. Por eso procuramos andar de acuerdo con sus enseñanzas, puesto que sus palabras son vida eterna. Naturalmente, vivir de acuerdo al evangelio de Cristo implica un costo. Esto nos lleva a la tercera parte de la ponencia.

### 3- El discípulo y la cruz.

Ya hemos visto como Jesús hizo tomar conciencia a sus discípulos de la realidad en que estaba sumido el pueblo. Con compasión profunda, el Buen Pastor mostró a los suyos que ellos estaban como ovejas dispersas y desamparadas. El fin de ese pueblo era la muerte y no apenas muerte temporal. Era un pueblo con un templo enorme y famoso, una nación que sostenía a una casta sacerdotal enorme, que celebraba las fiestas anuales que estipulaba la religión y que cumplía con los sacrificios diarios y las oraciones que regulaba la Ley. Sin embargo, era un pueblo que iba camino a la perdición por su alejamiento de Dios.

También en la actualidad, los discípulos de Cristo estamos en medio de un pueblo religioso, un pueblo creyente, pero que no conoce al verdadero Dios. La idea de que todas las religiones conducen a Dios es un engaño, pero está instalada en la sociedad. Todos han oído hablar algo acerca del Redentor, sin embargo no se sabe realmente quien es Jesucristo, ni se conoce de verdad su enseñanza. Sin Cristo este pueblo también va a la perdición, no hay esperanza para él. Sin Cristo no hay vida.

Cuando estudiamos la palabra de

Dios, nuestros ojos se van abriendo por la acción del Espíritu Santo y comenzamos a darnos cuenta de nuestra situación delante de Dios y de la situación de la humanidad. La palabra de Cristo debe permanecer activa entre nosotros, pues es espíritu y es vida. Jesús es la luz del mundo. Él es la verdad. De ese modo el Señor de la iglesia nos hace tomar conciencia, nos llama y nos envía. Eso lo hace cada vez que oímos el mensaje del evangelio. En este momento lo está haciendo.

Jesucristo nos llama porque necesitamos de él. Jesucristo nos envía porque la humanidad necesita de él. Nosotros somos el pueblo escogido, la nación santa que al proclamar el evangelio lleva luz a los que andan en la oscuridad del pecado, a los que viven en el engaño de Satanás. Semejante tarea implica una identificación plena con el Cristo muerto y resucitado. Por tal motivo él dijo a los que enviaba: «... el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halle su vida, la perderá; y el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mt 10.38).

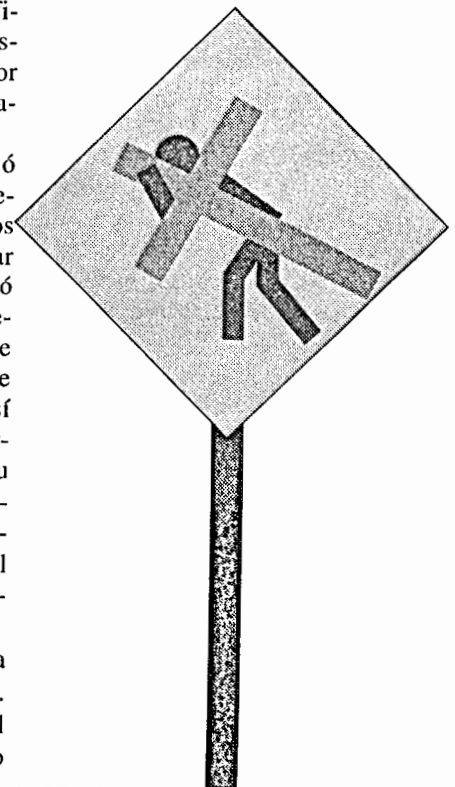
Conforme a la narración de Mateo, los discípulos aún no sabían, para este entonces, que su Maestro se dirigía a una muerte por crucifixión. Sin embargo, la cruz significaba para ellos únicamente un instrumento de tortura y de muerte. Por eso mismo el Señor también les habló de perder la vida por su causa.

Tiempo más tarde les anunció con toda claridad que les era necesario padecer mucho a manos de los líderes religiosos, morir y resucitar al tercer día. Entonces Pedro trató de hacerlo volver atrás, pero fue reprendido duramente por Jesús, que volvió a decirles: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» y agregó: «¿De que le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?» (Mt 16.24-26).

Evidentemente Jesús no hablaba de otra cosa que no fuera de muerte. Él sería obediente a la voluntad del Padre hasta la muerte y el discípulo

tiene que estar dispuesto a ello. Obviamente, eso no podremos lograrlo sin la fortaleza que da el Espíritu Santo. Pedro, tiempo después, manifestó estar dispuesto a seguir a Jesús hasta la misma muerte, pero llegado el momento negó a su Señor, sin embargo, siendo ya anciano murió como mártir. Sólo si permanecemos unidos a Cristo el Espíritu Santo, hará de nosotros instrumentos útiles, dispuestos a todo para servirle.

Tomar la cruz y seguir a Jesús no es «aguantar» con resignación algún sufrimiento, como quien cae derrotado y sin fuerzas dándose por vencido. Llevar la cruz no es desventura, pues seguimos a Cristo el resucitado, el victorioso. Él nos asegura que quien pierda la vida por su causa, la hallará. La vida que él ofrece es vida eterna. Tomar la cruz y seguirlo es, en primer lugar, dar muerte al viejo hombre, resistir a los malos deseos, dejar el pecado a toda costa. En segundo lugar, tomar la cruz es soportar las heridas producidas por la lucha contra el pecado, pues esto supone ser rechazados por muchos, supone soledad y hasta, quizá, castigo. En tercer lugar, la cruz es llevar los pecados de otros.



#### 4- Ser discípulo y seguir a Cristo.

Hay una imagen muy linda en el AT que representa la vida de Enoc diciendo que él «camino con Dios». En dos versículos del cap. 5 de Génesis se repite esa expresión (Gn 5.21,24). Señalando también un final sorprendente para la vida de Enoc, dice el texto que «desapareció, porque lo llevó Dios».

La historia de Abram es más conocida. A él Dios lo llamó con estas palabras: «Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición» (Gn 12.1-2). Él oyó ese llamado, creyó en la promesa de Dios y salió con destino incierto. No sabía a donde se dirigía. Dios le cambió la vida. Lo sacó de su «seguridad» (familia, tierra conocida) para llevarlo a un camino que, humanamente hablando, era inseguro. Abraham (según el nuevo nombre que Dios le dio) no vio la promesa cumplida, pero creyó –como dice San Pablo– en ese Dios que «da vida a los muertos y llama a las cosas que no son como si fueran» (Ro 4.17) y hasta hoy sigue siendo bendición. Santiago escribió acerca de él: «Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia», y fue llamado amigo de Dios» (Stg 2.23).

Tanto la idea de «caminar junto con» como la de «ser amigo» están implícitas en el llamado al discipulado de Jesús. Ya fue dicho que el verbo «seguir» está muy relacionado con este llamamiento. Con el imperativo «sigueme» llamó a Leví, más conocido como Mateo, y éste, levantándose, lo siguió (Mt 2.14). Con el mismo imperativo Jesús llamó a Felipe (Jn 1.43) y también a uno, del cual no conocemos su nombre, quien se disculpó diciendo: «Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre» (lo que equivale a decir: «deja que siga viviendo con mi padre hasta que muera y luego te seguiré»). El Señor no accedió al pedido, sino que le dijo: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú vete a anunciar el reino de Dios» (Lc 9.59-60). Con esto Jesús estaba señalando la urgencia de su llamado y exigiendo disposición plena para servirlo a él. Al mismo tiempo, tenemos aquí una orientación para entender qué

significa seguirlo. El mandato fue: «... tú vete a anunciar el reino de Dios». Naturalmente, para poder anunciar el reino de Dios, ese hombre debía aprender acerca del mismo y el único que podría revelarle los misterios del reino era el propio Jesucristo. El mandato a predicar queda ligado al seguimiento y se pone en práctica desde el primer momento.

Como vemos, los textos giran en torno a la idea de caminar con Cristo. Eso es también lo que está detrás de la figura del Buen Pastor en Juan 10. Allí nos dice Jesús: «... el que entra por la puerta, el pastor de las ovejas es. A éste abre el portero, y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre y las saca. Y cuando ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas lo siguen porque conocen su voz» (Jn 10.2-4).

Cuando Jesús dijo esto, los judíos no entendieron lo que les quiso decir. Gracias a Dios hoy podemos ver que el Señor hablaba de un conocimiento de él hacia los suyos y, recíprocamente, de los suyos hacia él. El texto nos enseña, además, que no todas las ovejas lo siguen, sino las suyas, las que reconocen su voz. Oír su voz no es otra cosa que escuchar su palabra y obedecer sus mandatos. A esas ovejas él las llama por su nombre, lo que indica un conocimiento muy cercano y señal de propiedad (no pueden ser de él y de otro al mismo tiempo). Jesús se está refiriendo de este modo a los que creen en él y a los que dependen absolutamente de él.

Jesús nos llama para que lo sigamos porque sin él no podemos hacer nada. Sin Cristo no podemos conocer a Dios, ni tener paz comunión con él. Por eso, la noche en que fue entregado, durante su discurso de despedida, el Señor dijo a los suyos: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer» (Jn 15.5). Los frutos aquí son los actos de amor que provienen de aquellos que, unidos a Cristo por la fe y movidos por el Espíritu Santo, cumplen con la voluntad de Dios de llevar salvación a la humanidad perdida y condenada (Jn 6.39; 13.34-35; 14.15-17; 15.8-10). Quiere decir que Jesucristo no sólo nos devuelve la co-

munión con Dios, sino también nos hace colaboradores suyos y nos llama amigos.

Aquella misma noche, dijo a los suyos: «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre él os lo dé. Esto os mando: Que os améis unos a otros» (Jn 15.14-17). Poco antes, en el mismo discurso de despedida, el Señor les había enseñado un mandamiento: «Ámense como yo los he amado», señalándoles que todos conocerán a los discípulos suyos si entre ellos hay amor de esta naturaleza (Jn 13.34-35). Podemos entender, entonces, que será llamado amigo quien ame a los demás así como él nos amó a nosotros, lo que indica una disposición a dar la vida por otros (cf. Jn 15.13). También nos llama amigos porque él nos ha revelado cosas que el mundo no conoce.

Enoc caminó con Dios y la muerte no pudo con él. Abraham creyó y le fue contado por justicia –esto es: fue declarado inocente por Dios sólo por fe– y fue llamado amigo de Dios, y hasta el día de hoy sigue siendo bendición.

Jesús nos llama a caminar con él, nos llama a seguirlo y nos llama amigos, pues con nosotros él no guarda secretos, y todo lo necesario para llegar a la salvación eterna nos lo ha revelado. Ahora nos pide que confiados en él asumamos el desafío: dejar lo que para nosotros produce seguridad desde un punto de vista humano y emprender la marcha hacia lo prometido. Concretamente, el llamado implica dedicar todo momento y todo lo que somos y tenemos para anunciar el misterio del evangelio por la cruz de Cristo al mundo. Pregúntate: ¿Cómo puedo mostrar al Señor Jesús en mi casa, en mi escuela, en mi trabajo? ¿De qué modo podría dedicar mi profesión, actual o futura, para servir al Señor? Verdaderamente este es un paso de fe que necesariamente tenemos que dar si queremos ser sus discípulos. ☩